

largo de la habitación, cantando el aria de *Ricardo III*:

*Avrai d'effluvi arabici
il crine imbalsamato...*

Revelaba tanta pasión y sobre todo tanta intención su voz, que Ana sintióse acosada del deseo de hacer conocer enseguida á todos la resolución que había tomado: marcharse al Continente con Angela, al menos por algún tiempo, después de la boda de Catalina. Y así se lo escribió también á Sebastián.

LOS HUMILDES

ANITA Malvas, Doña Ana como la llamaban, retornó del Continente, en compañía de Angela, á fines de Abril.

Angela, que no tenía hijos, habíase convertido en una dama elegante. Su marido, en muy pocos años, había hecho una gran carrera. Ella hacíase traer los vestidos de París y transpiraba cierto aire aristocrático. A su lado, durante el viaje, Ana parecía una señorita de compañía. Sin embargo, aquella Ana que había partido en Septiembre no se parecía en nada á la Ana que ahora regresaba. Parecía mas alta, más hecha; hasta su mirada era más viva, más inteligente. Cuando hablaba, animábanse sus ojos maravillosamente, sin que en ellos se advirtiera una sombra de tristeza.

Sin darse cuenta ella, los trajes le caían muy bien.

Catalina mostróse contrariada. Al lujo y á la elegancia de Angela estaba acostumbrada, ¡pero Ana!

—¡Cuánto te has hermoseedo, Ana! le

decía mirándola de los pies á la cabeza, siempre maravillada. Ella engrosaba; apenas tenía veinte años y ya tenía un aspecto matronal.

Tras los primeros meses del matrimonio los esposos reñían á diario. Como en la casa todos daban la razón á Jenaro en las disputas surgidas, Catalina se desahogaba escribiendo largas cartas á Ana. Le hablaba de la vulgaridad de su marido; decíala que la maltrataba, que era egoísta, celoso, orgulloso, vulgar y que estaba arrepentida de haberse casado y á veces culpaba á la prima de haber favorecido y ayudado su matrimonio. Ana contestábale en largas cartas también, cariñosas, espirituales, diciéndole cosas dulces que la tranquilizaban completamente.

Nunca le daba Ana la razón; aconsejábala siempre obediencia y sumisión al marido.

Cuando nació el niño, Juanito, renovóse la paz, que parecía eterna.

Al llegar volvió Catalina á marear á Ana con sus jeremiadas; Jenaro la olvidaba, no quería al pequeño, no amaba á nadie...

—¡Dichosa tú! decíale, arrancándole á viva fuerza el niño de los brazos. Tú pareces una chiquilla y yo una vieja. ¡Aborrecido matrimonio! ¡No te cases nunca, Ana!

—¡Si no tengo ocasión! repuso ella riendo. Y la reprendió dulcemente, repitiéndole sus consejos, recordándole el ejemplo de Angela y Pedro.

Durante el tiempo que con ellos he vivido no los he visto regañar una vez.

—Pedro no es exigente, no es una bestia como otros...

Ana le tapó con su mano la boca.

—Oye; las bestias somos nosotras, las mujeres. Los hombres tienen siempre razón ¿no es verdad, Juanito?

Y sonrió el niño, inclinándose y poniéndole un dedo sobre la barbilla.

El niño volvió á sonreír.

—¿Por qué dices que está enferma esta criatura? Mira, mira como sonríe... ¡que lindo está! Dice que sí...

Inclinóse, cogió entre sus manos los piecitos del niño, mientras le reía con gritos de pajarillo.

—¡Levántate!—dijo Catalina.—Sí; soy una tonta y Jenaro tiene razón. Pero, me trata como una chiquilla y esto no lo puedo soportar...

—¡Por éste debes soportarlo todo! replicó Ana besando los pies color de rosa del niño. Vuélvete seria Catalina. ¡Podéis ser aún tan felices! Tú no has conocido aún el dolor; y bien puedes dar gracias á Dios por la felicidad que te ha dado!

Al cabo de un instante Juanito rompió á llorar.

—¿Lo ves?—exclamó Catalina—¡Está enfermo, está malito!

—¡Porque está enferma su madre!

Catalina bajó la cabeza y no respondió. A poco dijo:

—Si tú estuvieses siempre á mi lado, yo me pondría buena...

—Me quedaré; seguro que me quedaré...

Hablaron luego de Jenaro y de Sebastián. Este último continuaba viviendo en *San Jacobo*. Venía algunas veces á la ciudad para atender á los asuntos de familia, ya que Pablo Valena estaba ocupado siempre en sus cuestiones comerciales y Jenaro Rosa en nada intervenía.

Ana estaba al tanto de todo. Sabía que Sebastián no sólo se había reconciliado con su familia, sino también con Jenaro. Había apadrinado en el bautismo á Juanito. Como la mayoría de los abogados, Jenaro y Cesáreo carecían de pleitos y de clientes. Jenaro era bastante rico, pero Cesáreo necesitaba trabajar para vivir con el lujo á que estaba acostumbrado. Vivir á costa de la familia, mientras su padre trabajaba día y noche, era una cosa estúpida y vulgar. Mediante influencias, Cesáreo fué nombrado profesor de latín en el Instituto de Orolá. ¿Por qué de latín? Ana no acertaba á explicárselo.

Vió á Cesáreo la tarde de su llegada. Se volvieron á ver sin entusiasmo, con la frialdad que siempre había existido en las relaciones de ambos.

Parecióle á Ana que el primo la miraba con cierta curiosidad amable al ver su transformación. Estudió á su vez al altivo profesor, y en los días siguientes procuró enterarse que era de él.

¡Superficialmente Cesáreo era siempre... Cesáreo! ¿Estaba satisfecho? ¿Ambicionaba, procuraba subir? ¿No se sentía humillado, vencido? ¡Porque Ana conocía íntimamente á Cesáreo y sabía cuanta soberbia y

cuanta ambición ocultaba bajo su aspecto indiferente!

Una vez el joven sorprendió á su prima mirándolo, y le pareció que ella lo hacía con aire de conmiseración. Y se avergonzó.

Jamás había visto Ana sonrojado á Cesáreo. Sintióse conmovida y su corazón le reveló muchas cosas. El sonrojo de Cesáreo le indicaba:

—Sé que te apiadas de mí, pero ¿qué me importa? Debía acabar así, mas la culpa no es mía. Sí, lo sé; he derrochado casi un patrimonio; he malogrado mis mejores años sin trabajar, ó trabajando, pero destruyéndome á fuerza de cavilar; y por fin he venido á acabar humildemente en un cargo que apenas me da para vivir. Y sin embargo ¿sabes, prima? ¡cuántos y cuántos se considerarían felices en mi lugar! ¡Cuántos abogados que estudiando se han tragado su hacienda, que han derrochado la pequeña fortuna de su familia, y que ahora no tienen un cliente... ¡cuántos médicos sin enfermos, cuántos ingenieros sin destino! ¡Cuántos, prima, cuantos! ¡Si tu supieras!

Ana comprendió y no miró más á Cesáreo por no sonrojarlo.

* * *

Hacia mediados de Mayo Angela y Ana, acompañadas de Pablo Valena, marcharon á *San Jacobo*. Hicieron la jornada á caballo.

A lo largo del camino, Ana que soltaba á galope su caballería adelantándose y haciendo luego alto para esperar á los compa-

ñeros, volvió á encontrar toda su antigua poesía.

El viento suave impregnado de la fragancia de las plantas silvestres la acariciaba el rostro, esparciéndole los cabellos.

¡Cuántos recuerdos parecía traer el viento de la altura! ¡qué esperanzas, qué sueños erraban á par de sus perfumes!

Una vez que Ana estaba distante, Pablo y Angela hablaron de ella y de Sebastián.

—¡Qué buena es!—dijo Pablo Valena acariciando con la mirada la figurita de Ana á lo lejos. También Angela habló de ella con una especie de respeto y admiración.

—¡A pesar de todo es todavía una niña! La más pequeña cosa la turba, mas se calma pronto, y dice siempre: ya que la vida es tan corta ¿á qué atormentarse? Si todos pensaran en la vanidad de las cosas ¡cuánto mejor no andaría el mundo!

Angela sonrió al decir esto; Pablo continuó mirando á la muchacha con ojos acariciadores. Sin duda sabía algo, porque preguntó si Sebastián la escribía.

—Sí, respondió Angela. Al principio poco; y ella no le contestaba. Mostrábase indiferente al recibir las cartas de Sebastián. Pero, después las contestaba en el acto. Ahora se carteaban todas las semanas.

—¿Las leías tú?

—¡Uum! Las primeras cartas me las hacía leer, y en ellas Sebastián mostrábase enamorado. Después, ya no me enseñó ninguna.

Luego añadió:

—Creo que Ana no vuelve conmigo...

Al atardecer llegaron á *San Jacobo*.

Una gran calma, un silencio profundo reinaba en todo; el paisaje se bañaba plácidamente en la tenue claridad del crepúsculo. Al Occidente se diseñaban los verdes bosques sobre las doradas manchas del horizonte, mientras que por el lado opuesto las cimas de las montañas esfumábanse en el azul pálido del cielo.

Pablo se bajó del caballo y llamó á la puerta. Salió una criada, que se retiró al punto al verlos, y enseguida apareció Sebastián.

—¡Oh, buenas tardes!—exclamó con los brazos abiertos, como si quisiera abrazar á todos juntos.—¡Angela, papá!...

Ana estaba fuera del portal, pero Sebastián presentía su presencia.

—¿Cómo estás? preguntó Angela descalzando ayudada por su padre.

—Bien, bien... ¡Ana!

Al pronunciar este nombre pareció exhalar el alma.

*
*
*

Al día siguiente visitaron la casa y la posesión. Estaba completamente transformada, con aguas para el riego, y con huerta de árboles frutales. Angela no cesaba de expresar sus admiraciones. Sebastián había convertido el páramo en una gran hacienda.

Visitaron también el villorrio cercano Angela y su padre. Ana se quedó en *San Jacobo*, y estuvo charlando toda la tarde

con la tía Mattoi (María Antonia) la vieja criada.

No sabía ésta más que elogiar á Sebastián, que trabajaba todo el día con sus obreros y hacía una vida muy frugal.

—¿Estáis contentas? preguntó Ana.

—Lisendra (Alejandra, la otra criada) murmura alguna vez. ¡Ya! es joven, quisiera ver gente pero ¡yo!...

Una visión de paz y de dicha brilló en los negros ojos de la tía Mattoi. Luego en voz baja añadió:

—Es el paraíso...

Ana, recordando que la vieja criada estaba al tanto de todo, le preguntó sonriendo:

—¿Charla mucho con usted Sebastián?

—¡Sí; ya lo creo! Yo lo llamo «hijo mío» y Lisendra dice que él me quiere mucho. Si me lo permite voy á preguntarle una cosa.

Hacía ya dos días que deseaba interrogar á Ana. No se sintió hasta entonces con valor, pero dábaselo ahora la bondad y el afable carácter de la muchacha.

—¡Diga, tía Mattoi!

—¿Es cierto que va á ser usted la esposa del amo?

Ana sonrojóse; volvió la cara y se echó á reír.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Lisendra, y además yo he visto...

—¿Qué ha visto?

—No lo he visto. He comprendido... ¿me perdona si lo digo?

—¡Hable!

—Estoy segura. El amo no hace más que hablar siempre de usted. Bien se ve lo que proyecta.

La tía Mattoi miró tímidamente á Ana y después añadió:

—¡Ya, usted es una señora, y cree que aquí iba á estar mal... Sin embargo ¡estaría tan bien!

Y como Ana hizo movimiento de marcharse, la vieja exclamó:

—¡Se ha ofendido!

—¡No, tía Mattoi!

—Entonces ¿por qué no me contesta?

—¡Mañana, mañana le contestaré!

Y se marchó riendo gentilmente, en tanto que la tía Mattoi quedábase sorprendida de su propio atrevimiento y de la actitud de Ana, que revelaba bastantes cosas.

* * *

Sebastián regresó al caer la tarde, y vió que Ana estaba á la ventana.

—¿Cómo? preguntó.—¿No has ido al villorrio?

—No.

—Pues baja, é iremos á encontrarlos; creo que ya vendrán de regreso.

Al instante se retiró Ana de la ventana y apareció en lo alto de la escalinata.

—¿Iremos muy lejos? preguntó.

—No; hasta el camino. ¿Estás preocupada, Ana?

—No... He estado hablando con la tía Mattoi; ¡qué gran mujer!

—Sí; es muy buena.

Un largo rato, durante la jornada, no hablaron; atravesaron una huerta que verdeaba y la viña. Uno de los criados regaba en la huerta; el agua, que serpenteaba por



los surcos, resplandecía á la claridad del véspero. Y el fresco olor de las plantas parecía la fragancia del agua y de la tierra húmeda.

Después atravesaron los campos de mies,

verdaderamente espléndidos. Las espigas murmuraban una dulce canción.

El cielo era azul, muy diáfano. Los pájaros cantaban al sol que moría.

De improviso se hallaron al término del bosque, junto á una tapia cubierta de hierba.

—¿Estás cansada? preguntó Sebastián.

Hizo sentar á la muchacha, en verdad fatigada.

También él sentóse. El sol se había puesto; en la cima de las montañas distantes resplandecían largas franjas doradas, con rayas color rosa. A ras de la tapia asomaban los olivos nuevos. Eran pequeños todavía, tiernos, delicados.

Volvieron á emprender la jornada. Hablaron de Lucía y de Cesáreo. Pensaron que ambos, llevados de la ambición, habían errado la ruta de la vida, ya que Lucía corría el riesgo de quedarse soltera y Cesáreo no parecía hallarse contento y satisfecho.

—¡Y él me despreciaba! ¿te acuerdas?— exclamó Sebastián.—Y yo creo que mi porvenir es mejor que el suyo. Antes que él llegue á profesor de Universidad yo seré bastante rico.

Luego añadió:

—Espero que á este paso, si Dios me ayuda como hasta ahora, dentro de cinco años San Jacobo producirá para sostener diez familias.

Ana lanzó una exclamación de estupor.

—Muy poco son cinco años—dijo.—Pon diez.

Y callaron. Sebastián iba delante, separando las hierbas florecidas para que Ana pasara.

Ella andaba con los ojos puestos en la lejanía: parecía sondear á lo largo del camino, á ver si columbraba á Angela y al tío. Mas, realmente, sólo veía á Sebastián, con su pergenio tosco de labrador, las manos tostadas y los ojos llenos de sol, de fuerza, de juventud y amor.

Llegaron al término. Era ya un poco tarde. La noche caía y el oro del ocaso desvanecía en una débil transparencia luminosa.

Una cancela de madera daba paso al camino, y desde la esplanada, que cerraba un muro, espaciábase la mirada en la llanura inmensa, llena de luz y de paz.

—¡No se divisan! dijo Ana mirando. Regresaremos tarde.

—No importa. Hay luna.

Ana se apoyó en el muro y mirando al olivar, dijo:

—¡Cuánto has trabajado, Sebastián! ¿Estás contento?

Sebastián acercóse á ella, pero no contestó.

—Hoy he vuelto á leer todas tus cartas —prosiguió la muchacha temblando ligeramente.—Las he traído ¿sabes?

Tampoco contestó él, y Ana calló confusa. Era extraño. ¿Sebastián no le decía nada ahora que estaban juntos?

—Sí; he trabajado y trabajaré, ahora y siempre, hasta la muerte! —exclamó él al cabo de unos instantes, intensamente con-

movido.—Mas, tú te marcharás y yo... yo no tendré nunca más el consuelo de escribirte...

Su voz tornábase amarga, pero Ana no le dejó terminar.

—¡Me quedaré! dijo.

Sebastián, espantado de su felicidad, miró intensamente á los negros ojos de su prima.

Ana comprendió cuánto había sufrido y con una sola frase buscó manera de recompensarlo de todo. Le dijo sencillamente:

—Te quiero mucho.

Así fué como aquellas dos almas humildes se unieron para siempre.

FIN DE «LOS HUMILDES».